

MARCOS F. ARREDONDO

CROQUIS
BONAERENSES



BUENOS AIRES

—
TIPOGRAFIA DE «LA VASCONIA»

—
1896

EL CONVENTILLO

La humedad se filtra á través de las enormes paredes agrietadas, cubiertas por una especie de costra negruzca y un espeso musgo invade los muros que alinean los patios. Algunas plantas raquíticas florecen en otras tantas tinas hinchadas y descoloridas, que alternan con curiosos recipientes de barro ó de lata. En una gran olla desterrada de sus usos primitivos, levanta sus ramas finas y elásticas un pequeño arbusto de hojas acuchilladas, y desde el fondo de un cajon, cuyas aberturas muestran la tierra, una madre selva amarillenta y seca enrosca su espeso tejido en el brocal del pozo, mientras que un extraño florecimiento de otros arbustos enanos y contrahe-

chos, cuyas raíces alimenta una eterna corriente jabonosa, forman marco á un pequeño cuartojo de madera, lleno de humo, que blanquea en el centro del conventillo y es la cocina obligada de los habitantes de la planta baja.

Flota en la atmósfera un olor nauseabundo,—un fuerte olor de aceite rancio,—que sube hasta la nariz y se sostiene en el aire pesado y cálido. Los braseros arden en frente de cada cuarto; una mujer de larga y flotante cabellera desgredada, que pierde su cuerpo sin formas, en un batón, lleno de parches y remiendos, aviva las brasas soprándolas con su pantalla de mano; otra, su vecina, una criolla bajita y regordeta, cuyos ojos lagrimean debido al humo que despide su formidable cigarro negro, pone sobre las rejillas del brasero dos planchas á calentar, á la vez que la del número *treinta y dos*, sentada en cuclillas sobre el dintel de la puerta, trata de pelar una gallina amontonando las plumas sobre la taldá; y la de la pieza contigua, Dolores, la cocinera, le presenta á la del *treinta y seis*, con los ojos iluminados, varias piezas de ropa escamoteadas por ella en la casa en que servía.

Una turba de pilluelos chillones, melostos, corretea á lo largo de los pa-

tios de *El Universo*—asi se llama el conventillo—jugando “un partido á la mancha”, mientras que todas las niñitas de la casa, reunidas en el mismo patio, juegan á la comba con varias cuerdas y saltan sobre ellas á un mismo compás. dejando oír sus curiosos cantos infantiles aprendidos en los recreos de los colegios.

Doña *Nicotrasta*, una parda alta y huesosa, con el mate en la mano y la bombilla que aprieta entre sus dientes. examina algunas piezas de ropa que la noche antes ha puesto á secar; Doña *Remedios*, una mujer de anchas caderas, de largo cuello y hombros fornidos, cuya lengua de víbora es el temor de todas sus vecinas, se entretiene en zurcir varios pares de medias por encargo de sus sobrinas del piso alto,—tres manoseadas camareras de *El Gato Blanco*; la señora del número *doce*, procura componer con gran cuidado los ya incorregibles pantalones de su marido—un antiguo mayoral de tramway,—en tanto que la del *veintidos* y la del *veintiseis*, disgustadas por cosas del oficio—eran aparadoras,—se decían incendios, blandían los puños y se querían despedazar con la boca, porque el *chico* de la primera le habia asestado un moquete á la *chica* de la segunda.

Dos italianos, con sus respectivas mujeres, sacan de un cuarto súcio y oscuro una montaña de coles y de zapallos que depositan, como de costumbre, en el carrito del reparto diario; un zapatero, con su largo delantal de cuero, las gafas que resbalan sobre su nariz y el martillo en la mano, clave-tea muy de prisa la media suela que acaba de echar á dos botitas encantadoras, y un vigilante de la sección, morador antiguo de la casa, después de cepillar los pantalones y el morrión, sale de su cuarto en mangas de camisa, con la idea de que Vicenta,—la del número *dos*,—en ausencia del sargento, su marido, colocara á la chaqueta del uniforme media hilera de botones.

¡Y qué cuadros, qué escenas, qué mérito el de toda aquella representación al aire libre!

Un hombre cuyos músculos resalta-ban al través de la camiseta á rayas azules y coloradas, se pasea tranquilamente fumando en su pipa, arras-trando sus piés metidos en unas pantuflas rotas;—un bombero, con su casco fulgurante metido hasta los ojos, saca la funda de su piston—era de la banda,—y se dispone á la marcha,—don *Titto*, el pastelero, levanta las sá-banas de lienzo de su catre y descu-bre, como siempre, humeantes y ca-

lentitas tres docenas de empanadas que trata de colocar en las canastas de la gira matutina.

El sol, enfilando su foco sobre el conventillo, doraba su gran fachada ruïnosa, y aparecian las hileras de las persianas destrozadas y descoloridas, las pequeñas vidrieras de los negocios á la calle, sucias y ahumadas; los grandes patios llenos de desperdicios y charcos de aguas servidas; los vastos tejados rojizos; las ligeras escaleras de caracol, con sus pasamanos de hierro y sus descuidados peldaños; las grandes paredes chorreadas por las goteras, llenas de hendiduras, con sus hileras de desmantelados cuartos que respiraban una pobreza conmovedora.

Y se veía al Sr. Querencio, un corista de la Comedia, mirándose en un espejito de mano colgado del pasador de la puerta de su habitación, muy preocupado en salvar las melladuras de la enmohecida hoja de su navaja, con la cual trataba de rasurar sus nacientes chuletas negras; á D. José, un músico ambulante, de rostro apoplético, afinando su organillo, dando vuelta sobre vuelta del mugriento manubrio, mientras que su sócio, un italiano de grasienta boina azul que tocaba el techo de la pocilga, espuma el puchero y suministra una mano de

grasa á sus botas de relumbrantes herraduras desgastadas; á *misia* Rosario, que funa y escupe por el colmillo, revisando minuciosamente la cabeza de su *nieta*, y á D. *Pietro*, inquilino principal, abogado y procurador de todos sus pleitos, sentado sobre un banco, espurgando tranquilamente un gato *barcino* que refuntuña y se revuelca en sus rodillas.

En el fondo, donde diez hileras de ropa tendida á secar se sacuden infladas por las ráfagas del viento, varias mujeres, con los brazos desnudos y los vestidos recogidos hasta las rodillas, lavan, colocadas en fila: una flaca y alta como arpía, retuerce dos piezas ya lavadas; otra, que muestra los brazos sonrosados, musculosos, da una mano de azul á dos vestidos de percal; una tercera, que atormenta con sus canciones sin gracia, golpea una enagua contra el borde de la pileta, y otra mas, que lleva un monton de alfileres en la boca y se desliza, metiendo ruido con sus zuecos de madera, prende de una cuerda media docena de medias y de pañuelos.

El carnicero acaba de franquear los dinteles de *El Universo*: un grupo de hombres y de mujeres le rodean: la del *tres*, que tiene á su hijo en los brazos, manosea y revuelve la verdu-

ra; la del *diez*, propietaria del taller de planchado, que funciona contiguo á la queseria *La Calabria*. mide una falda de ternera haciendo cuartas con la mano; la mujer de D. *Titto*, enseñando sus medias de color, tejidas por ella y sus gruesos zapatos de cuadruple suela, pretende conquistar media *canastra*; un muchacho, el autor de todas las figuras pintadas con carbón en los pátios y en las paredes de la casa, se levanta dos tarros de *ricotta fresca!* *ricotta fresca!* y desaparece con ellos como un relámpago; en tanto se produce el escándalo diario, la batahola obligada, la representación mas ruidosa del complicado escenario de "*El Universo*".



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	
El Paseo de Julio.....	5
En Tartagal.....	13
La Plaza Victoria.....	23
Palermo.....	33
Desde la playa.....	45
Croquis.....	57
El conventillo.....	63
Carnaval.....	73
“El Verdi”.....	83
La calle Florida.....	95
Clareando.....	105
Noches de la Opera.....	115
La Boca.....	137
En un mercado.....	147
La misa.....	159
El Casino.....	169
La Avenida de Mayo.....	177